



www.loqueleo.com/co

Luna de agua

© Del texto: 2023, Alejandra Jaramillo Morales

© De las ilustraciones: 2025, Sandra Restrepo

© De esta edición:

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-60-4

Impreso en Colombia

Impreso por Multi-impresos S.A.S.

Primera edición: marzo de 2025

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Alejandra Jaramillo Morales

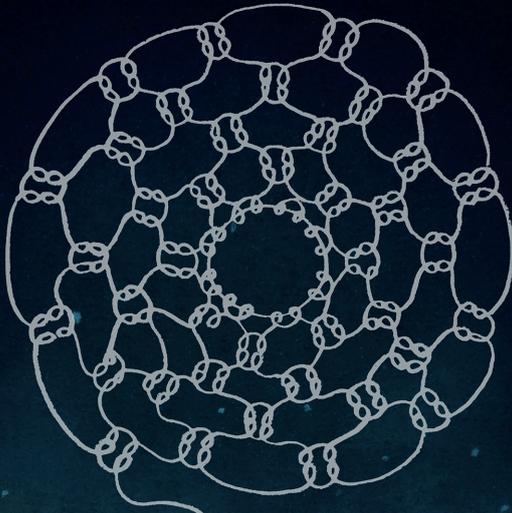
Luna de agua

Ilustraciones de Sandra Restrepo



loqueleg

*A Lorena Rodríguez, por sus enseñanzas.
A mis ancestras, María Elena, Cenelia,
Celina, María Eugenia y Leonora.
A mi hija, Libertad.*



1 Ata



Pido permiso a la madre Thai Pape y al padre Tchypaba, Madre y Padre celestiales, para hablar de esta hija que les pertenece. Pido permiso al Gran tejedor de la bóveda celeste. Pido permiso a la madre Bagüé, que pensó todo lo que fue, es y será. Pido permiso a mi señor, el creador, Tchyminigagua, que nos creó lo que se pisa y se toca. Pido permiso al aliado de los hijos de Mhu. Invoco la sabiduría y el poder de los hijos de la Madre, que retornan una y otra vez a traernos enseñanzas. Me uno a las fuerzas de la naturaleza que nos alimentan y a la vida misma que a ella, Tchyuaque, le permitió visitarnos. Pido permiso para narrar esta historia a los hombres y mujeres, hijos de Mhu que son gente y viven rodeados de gente. Gente vegetación, gente fauna, gente piedra, gente agua.

¿Cómo lo sé? ¿Cómo puede mi voz darle vuelo a esa vida? Cómo lo sé, me preguntan, y yo solo puedo decir: Vida. Porque ahí estaba yo, porque fui quien vivió con ella, quien la acompañó. Porque viví el dolor de saber que todo en ella me superaba. Ella venía de más lejos, ella tenía las memorias más poderosas, ella estaba hecha de

polvo celestial. Ella, Tchyuaque, la de la voz nocturna, la de rayos refulgentes y pasos alados. En ella el mundo era siempre más luminoso, claro, etéreo y magnánimo, material y simple. ¿Cómo lo sé? Porque con ella llegó a mis oídos el latido que lo estremece todo; el sonido del agua, Sie, que cae y se arremolina entre las piedras; el canto del viento, Fiba, que sopla palabras y tiempos. Lo sé porque quise ser mejor que ella, me esmeré en superarla, en ser yo el primer sacrificado, en ser yo a quien escucharan los abuelos, Güexicas, de la sabiduría, esperé ser el centro de las palabras dulces del templo, Chunsuá, de la memoria. Pero no podía ser. Ella era la encarnación esperada, el sueño de las mujeres, Fuchas ansiosas de nueva vida. Ella era la palabra anhelada, ella no venía a ser superada por nada y, mientras tanto, yo sufría de preguntas y silencios y destejía cada noche mis pensamientos, como hilos brillantes, y mis sensaciones para entender por qué, para qué estaba yo al lado de ella, siempre a la vera de ella, Tchyuaque, para qué había venido yo a la tierra, Hystcha, donde se encuentra lo más material de lo material, me preguntaba si todo sucedía solo para encontrarla.

Estábamos en el principio de los tiempos. La tierra, Hystcha, había vivido apenas un par de fatalidades, Zhuhuzha, del hambre y la desolación y una primera inundación, Haqa, producida por el castigo del aliado de los hombres, Chibchacúm, que anegó todas las tierras planas y condenó a los hijos de Mhu a vivir en las montañas en represalia por haber seguido las enseñanzas del caos, la pereza y la vida licenciosa que habían traído la

hija de la Madre, Huitaca, y su hermano, Nencatacoa. Por esos tiempos de inundación los hijos de Mhu clamaron de hambre, hicieron sacrificios y ayunos para llamar a los dioses. Hasta que vino otro hijo de la Madre, el Saia Bochica, para ordenar la vida del hijo de Mhu. Con todas sus fuerzas logró cambiar el cauce de los ríos Tibitó y Sopó y creó un salto de agua sonoro y visible, capaz de limpiar las aguas y permitirles a los hijos de Mhu regresar a las planicies del valle de Mhuykytá a aprender una vez más a vivir. Así el Saia Bochica expulsó a su hermano Nencatacoa y lo incitó a reflexionar sobre lo hecho, y a la hermana, Huitaca, la convirtió en una inmensa lechuga que volaría por siempre entre la oscuridad de las noches de la tierra, Hystcha, para impedirles a los hijos de Mhu caer en desmanes y perderse. Al aliado del hijo de Mhu, Chibchacúm, lo castigó también por haber sido desmedido en su desquite con la gente y lo obligó a cargar sobre sus hombros la tierra, Hystcha, de peso abrumador. También, Bochica, con su sabiduría de civilizador, ordenó a las gentes y les entregó tejidos para contar la vida; les mostró cómo se controla el clima para manejar las heladas, escarchas, fríos, calores, secas y lluvias. Abrió el camino para que creciera entre nosotros la sabiduría del gobernante conectado, Zhipa, que desde esos tiempos siempre estaría allí para protegernos y enseñarnos los buenos caminos por andar. Pero, aunque todo se dispuso para que los hijos de Mhu tomaran el camino de la armonía, IE, y lo hicieron por mucho tiempo, algo se trocaría después y los llevaría a andar por el camino del dolor, IU,

que tantas penas más le traería a la tierra, Hystcha, de lo material en el pensamiento sagrado de la Madre.

14 Entonces recibieron la señal. Luego del día en que Bo-chica ya había partido en su arcoíris, Cocha Huaira, y la gente había regresado a los valles, y habiendo dejado un Zhipa sabio, hijo de la luna, Tchié, y del creador de lo material, Tchyminigagua, vieron la estrella de ocho puntas que solo el sabio podría interpretar. El Zhipa se había hecho llevar en su carro de oro por muchos caminos, por las montañas para ver el agua en el valle, porque ni el gran salto la había sacado por completo y por momentos seguían temiendo que las lluvias otra vez trajeran la inundación, Haqa, que arrastra con las siembras y obras de los hijos de Mhu. Siempre cómodo sobre el carro de oro, el Zhipa era llevado en andas por sus ocho hombres de confianza, y así paseó por todas las lagunas, Chescuas, y saludó a las piedras sagradas, Chie, de lo material, buscando entender el mensaje de la estrella de ocho puntas. Vio los peligros que los seguían acechando, vio los errores que aún se cometían en las siembras, en las fiestas y se retiró a su templo, Chunsuá, para orar y pensar y rapear sus pensamientos con el tabaco que trae la claridad y las memorias. El Zhipa se sentó en su sitio, él que podía ver hasta el cielo de la oscuridad profunda y la claridad divina del Señor Creador, Tchyminigagua, y destejió en sus pensamientos el mensaje que les habían enviado.

De todas las latitudes remaron y caminaron a oír el mensaje. El gran cercado de Bacatá, casa de oración del Zhipa, se llenó de colores, frutas y chicha para alimentarse.

Sonajas de muchos tamaños para cantarle al centro de la sabiduría, Tamhuy, que une a la obra inmensa del todo. Ropas de muchos colores ondeaban en las danzas y los juegos a la entrada del cercado. Después de dos días de fiestas y círculos de palabra, el Zhipa mandó llamar a su templo, Chunsuá, a los abuelos, Güexicas, de la sabiduría que habían venido hasta su casa para oír la noticia. Porque no hubo un solo cacique que no enviara a su gente y principalmente a su abuelo, Güexica, mayor para enterarse de lo que estaba por acontecer. Uno a uno fue entrando al templo, Chunsuá, y, como era debido, nunca levantaron su cara para mirar la imagen magnánima del Zhipa sentado en su lugar, frente al fuego, Fogata, que nos calienta sanamente o nos arrastra con su calor voraz. Prohibido estaba mirar ese rostro, por eso no vieron los fulgores de las llamas que se reflejaban en esa cara de hombre sabio, porque en ese rostro la belleza de la sabiduría cincelada en la piel era más que una obra de arte. Los abuelos, Güexicas, se sentaron uno a uno en su sitio, afuera habían dejado las ofrendas que alimentarían al Zhipa y su pueblo por semanas. Sentados con la mirada centrada en el fuego oyeron las palabras del Zhipa.

—Madre y Padre nos dan una nueva oportunidad. Lo he visto, he caminado por todos los campos, los he observado a cada uno de ustedes y sus gentes, hijos de Mhu, y sé que después de la inundación, Haqa, vino Bochica a solucionar y también que, luego de que regresamos a nuestras tierras planas, no hemos vuelto del todo por el camino de la ley de origen que nos marca. De esta tierra,

Hystcha, que el gran Tchyminigagua nos ofreció para aprender a vivir, todavía no somos los verdaderos pilares. Madre y Padre enviarán dos seres que encarnen a Ty y Ky. Vendrán una mujer y un hombre; femenino, Ty, y masculino, Ky, que viajarán de lejos hasta acá y traerán las enseñanzas que aún nos hacen falta para enraizarnos en este territorio que nos ha acogido.

La fiesta terminó, todas las personas volvieron a sus casas a esperar el gran cambio, Agaskua, el advenimiento de nuevas memorias y sabidurías. Esperarían años, primero a que nacieran el hombre y la mujer, luego a que crecieran y dejaran sus sabidurías, y finalmente para que llegara el día en que los sacrificarían, a los quince años, para entregarlos como ofrenda a los dioses.

Dos mujeres vieron la estrella. Dos mujeres sintieron crecer en sus cuerpos la esperanza de un cambio, Agaskua. Dos mujeres en el valle de Mhuykytá sintieron el palpar de portar en sus entrañas un hijo e hija de los dioses. Dos mujeres se prestaron como canal para traer unos seres encarnados. Dos mujeres aceptaron con alegría entregar sus criaturas a la sabiduría y al sacrificio.

Después de recibida la señal del lugar en que nacería la encarnación de lo femenino, Ty, y la encarnación de lo masculino, Ky, de todas las latitudes, de todos los cercanos llegaron viandas, telas, chicha, frutas para alimentar a las dos mujeres, Fuchas, que darían a luz a estos niños, Tecuas, del cielo. Así, las madres, las familias y los clanes donde nacerían esos seres recibieron la bendición de la ofrenda que los salvaría por mucho tiempo de los

peligros del agua, Sie, del fuego, Fogata, y del peor miedo, la hambruna que tanto los había azotado tiempo atrás.

Dos mujeres parieron al tiempo y dieron a luz a ella y a mí en dos lugares diferentes del valle de Mhuykytá. Nuestro nacimiento fue una bendición para nuestra gente y a la vez fue por mucho tiempo mi tragedia. ¿Por qué nacimos al unísono si no podíamos ser iguales? ¿Para qué estar atados al Ky y Ty, unidos por las dos grandes fuerzas, si yo no podía ser como ella?

Dos familias se dispusieron a la crianza. El niño y la niña estarían durante cinco años con sus familias, rodeados del clan, del abuelo, Güexica, que les daría las primeras enseñanzas. Una madre llamó a su hijo Kysuamny, la otra llamó a su hija Tchyuaque. Dos clanes enteros dedicaron su vida, llevaron todas sus enseñanzas, invocaron todas sus memorias para cuidar a ese niño y esa niña. Tchyuaque nació en Guatavita, cerca de la laguna, y allí aprendió a andar. Allí le dieron la libertad de correr en sus primeros años. Allí la admiraron todos los hijos de Mhu de su clan que, antes de que la llevaran a tierras del Zhipa, querían disfrutar de su presencia. Yo, Kysuamny, nací en Ubaque y allí me vieron crecer y me alimentaron y me dieron todos los cuidados y aprendizajes que un niño o niña necesita para conectar su Tamhuy a las memorias. Porque yo venía de muy lejos y ellos lo sabían, igual que Tchyuaque. Yo venía a traer conocimientos, ordenamientos, nuevos mensajes del gran padre Tchyminigagua. Igual sucedió con ella. La cuidaron y ataviaron y le oyeron las palabras de niña sabia, sin saber que venía

de lugares que ningún hijo de Mhu había oído nombrar. Así, nos acercamos a cumplir los cinco, Hiksqa, años. Ella rodeada de su gente y yo de la mía, protegidos del amor de nuestro clan, alimentados de todas las energías de nuestro entorno, viviendo un arduo trabajo de crecer sobre lo más material de lo material, la tierra, Hystcha, del Padre y la Madre. Porque no importa qué tan sabio seas, cuántas señales haya de que eres elegido sobre la tierra de los pasos firmes, siempre, que quede claro, siempre hay que volver a aprenderlo todo. Siempre hay que ganarse el conocimiento, la conexión, la iluminación. Siempre debemos hacernos cuerpo, Zhiba, y luego morar en el pensamiento, Zhekyn, que abre las puertas de las memorias hasta ganarnos lo que el cielo nos ha dado como dones y talentos. Porque crecer es conectarse con el pasado, el presente y el futuro, hacer el camino del aprendizaje interior y el reconocimiento y la conexión con todos los mundos de lo que hay. Así, como niño y niña, ella y yo habíamos dado los primeros pasos, habíamos logrado mostrar nuestra vitalidad y nuestra conexión y llegaba el plazo, Akym, el momento de viajar a otras tierras, al cercado de Bacatá, donde continuaría nuestra formación.

Mi madre empacó las mochilas para su niño, que debía remar y caminar al cercado del Zhipa. La madre de Tchyuaque le dio abrazos y besos y la entregó al destino de su conexión con la sabiduría. El niño y la niña, “los Tecuas”, como nos llamaría el Zhipa, emprendieron el camino con sus familias, y los abuelos y abuelas, que podrían ayudar a cargarlos. Por primera vez no podríamos pisar